

en la indigencia, de la misma manera debes arreglar las demás obras de piedad con tal prudencia, que no toquen en el exceso, porque en tal caso faltarás á la ley, é injuriarás á la virtud que ama un medio entre dos extremos. Si así lo hicieres, tus obras serán agradables á Dios, serán arregladas á las leyes del Evangelio y provechosas para la consecucion de la vida eterna.

DIA SEXTO.

SAN GOAR, PRESBITERO Y SOLITARIO.

San Goar, á quien los alemanes llaman Gower, fué de una de las mas nobles familias de Aquitania, y nació por los años de 585. Proveyóle la naturaleza de sus mas exquisitas prendas, y la gracia de sus mas preciosos dones. A la natural amabilidad de su persona añadian mucho realce la vivacidad de su espíritu y la suavidad de su dulcísimo genio; pero lo que sobre todo le hacia mas amable era una virtud y una prudencia muy superior á sus años. Ni los lazos del mundo, ni los peligros de la mocedad sirvieron mas que para acrecentar el mérito y la admiracion de su virtud. Cobró horror al vicio desde que le conoció; su virtud favorita fué la pureza; su modestia y cierto vergonzoso pudor, de que siempre estaba cubierto su semblante, inspiraban respeto aun á los mas disolutos; en su presencia ninguno tenia valor para pronunciar palabra menos pura. En fin, el ejemplo y la circunspeccion de sus primeros años eran presagio de la eminente santidad á que con el tiempo le habia de elevar la gracia, de que ya estaba prevenido.

A la verdad, puso el mayor cuidado casi desde la cuna en conservar su inocencia, fortificándola con la frecuencia de sacramentos, con la oracion y con penitencias continuas. Siendo niño, maceraba su carne con ayunos y con dilatadas vigiliass: toda la ocupacion de su corazon y de su espíritu era la meditacion y el estudio de las mas santas verdades de la religion. El ardiente deseo de agradar á Dios le preocupaba enteramente, siendo tanto mas admirada su virtuosa vida, cuanto era menos frecuente en las personas de su clase y de su edad.

A los principios tuvo que sufrir algunas zumbas de otros iguales suyos, menos circunspectos y menos reservados que él; pero con la constancia y con el desprecio se libertó de esta persecucion, y logró tal dominio sobre todos los de su edad, que convirtió á muchos, haciéndolos mudar enteramente de vida.

Noticioso su obispo de que Goar no queria contraer empeño alguno en el mundo, se dió priesa por promoverle á los órdenes sagrados, pareciéndole que á un mismo tiempo honraba al estado eclesiástico, y hacia á su pueblo un importante servicio. Dió el sacerdocio nuevo realce á la virtud de nuestro santo, quien por su parte tampoco omitió medio alguno para sostener con su elevada virtud la augusta dignidad del sacerdocio. No se vió sacerdote mas lleno de fe y de religion en el altar, ni mas santo en toda su conducta; lo que movió al obispo á echar mano de Goar para que le ayudase en las sagradas funciones de la dignidad episcopal, confiándole el ministerio de la predicacion.

Al ardiente deseo que tenia de la salvacion de sus dermanos, y á los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido para ganarlos á Dios, se siguieron inmediatamente insignes conversiones. Eran sus sermones enérgicos, llenos de mocion; y como se

miraban sostenidos de sus ejemplos, hacian tanta impresion en los corazones, que no era posible oirlos sin convertirse; por lo que su auditorio se deshacia en lágrimas, y ni pecadores, ni herejes, ni gentiles podian resistir á su zelo.

Pero estos mismos felicisimos sucesos dieron materia á sus escrúpulos y á su temor. El tumulto inseparable de las funciones apostólicas y los aplausos que comunmente las acompañan, sobresaltaron su profunda humildad, y despertaron los deseos que siempre habia tenido de retirarse á un desierto. Resolvió, pues, alejarse de sus parientes cuanto le fuese posible, y buscar una apartada soledad donde pudiese entregarse á Dios únicamente.

Partió, pues, el año de 618, y se retiró á los últimos confines del obispado de Tréveris, en las márgenes del Rhin, cerca del Oberwersel, donde con licencia del obispo construyó una celda y una pequeña capilla para celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa. En esta soledad pasó algunos años dedicado á todos los ejercicios de la vida eremítica, ayunando continuamente, manteniéndose con el trabajo de sus manos, cantando sin cesar las alabanzas de Dios, y algunas veces ocupando los dias enteros en la contemplacion de las verdades celestiales. Estando en esto sintió que se le volvia á excitar el deseo de trabajar en la salvacion de las almas; y como en los pueblos del contorno hubiese todavia muchos paganos, les predicó el Evangelio con tanto zelo y con tanto fruto, que abrazó el cristianismo gran número de ellos.

Extendióse la fama de su virtud, y concurrieron muchos extranjeros deseosos de conocer y de tratar al santo anacoreta. Esto le puso en ocasion de ejercer repetidas veces la hospitalidad, particularmente con los pobres; y como su zelo observó que esta caridad

le proporcionaba ocasiones de ganar sus huéspedes para Dios, tomó tanto gusto á esta virtud, que en adelante fué en parte su carácter; bien que no por eso desconcertó un punto el método y el órden de vida que se habia prescrito para la distribucion del dia.

Despues de haber rezado todo el Salterio, celebraba el sacrificio de la misa, y habiendo cumplido con todas las demás devociones, empleaba el resto del dia en recibir con amoroso agasajo los peregrinos que se presentaban. El mismo les guisaba y les servia la comida, y mientras estaban en la mesa era cuando hacia sus mas brillantes conquistas. Divertíalos siempre con santas conversaciones, daba á cada uno saludables consejos, segun su particular necesidad; despues les hacia rezar algunas oraciones con él, y no pocas veces los salia á despedir y los iba á acompañar gran parte del camino, con tanto amor y con tanta bondad, que no le podian olvidar en toda su vida. Cuando llegaban á sus casas no se cansaban de contar lo que habian visto, oido y admirado en el amabilísimo ermitaño. Esta industriosa caridad dió ocasion á que le levantasen una calumnia.

Dos familiares del palacio de Rústico, obispo de Tréveris, mal impresionados contra san Goar, partieron á su soledad con pretexto de devocion; pero en realidad era para observarle y para sorprenderle. Notaron que aquel buen sacerdote ponía gran cuidado en recibir con sumo agasajo á todos los forasteros; que por sí mismo les guisaba la comida; que decia misa muy de mañana á los que querian partir, y que tambien comia con ellos antes de la hora acostumbrada. No hubieron menester mas para despreciarle y para desacreditarle. Vueltos á Tréveris, dijeron al obispo que el presbítero Goar era un hipócrita; que se regalaba muy bien, y que estaba muy distante de ser lo que parecia; pues lejos de profesar una vida

verdaderamente eremitica, desedificaba á todos con sus profusiones y con sus condescendencias puramente políticas y aseglaradas. Creyó el obispo, no sin alguna facilidad, á los delatores, y les dió orden de que le trajesen al escandaloso solitario, con resolución de examinarle, de corregirle y de castigarle.

Volvieron los dos familiares adonde estaba el santo; y para disimular el verdadero motivo de tan pronta como inesperada repeticion de visita, le dieron á entender que, informado el obispo de sus raras virtudes, tenia ansiosos deseos de verle, y por tanto le rogaban que se dignase ir en su compañía. Al principio se excusó el santo por su profunda humildad; pero cuando le declararon que traian mandato expreso para llevarle consigo, respondió que obedecería sin réplica. Efectivamente el dia siguiente al rayar el alba les dijo misa, y presentó á sus huéspedes el desayuno con su acostumbrada bondad. Los familiares del obispo se pegaron á tomarle con cierto aire de desden y menosprecio, diciéndole se admiraban mucho de que un hombre como él pensase en comer tan de mañana. *Hermanos míos*, les respondió el santo, *no son todos los dias de ayuno y de abstinencia, yo lo hago por caridad; pero si vosotros quereis ayunar hoy por vuestra mortificacion, no lleveis á mal que tome alguna cosa este otro pobre forastero, que tambien está para partir.* Los familiares, continuando en su papel de grandes ayunadores, no quisieron tomar bocado, y solo suplicaron al santo que les echase en la alforja alguna cosa para tomar algo en el camino; lo que hizo de muy buena gana, y marchó luego con ellos. Apurados del hambre y de la sed los dos caminantes, acudieron á su provision; pero quedaron sorprendidos cuando por permission de Dios nada hallaron de lo que ellos mismos habian metido, y en vista de aquel castigo reconocieron su culpa.

Viéndolos el santo arrepentidos y avergonzados, consiguió de Dios, por otro nuevo milagro, que les diese con que socorrer su necesidad; y ellos no pudiendo resistir á tan repetidos prodigios, se arrojaron á los piés del santo, confesáronle su depravado intento, y humildemente le pidieron perdon de su maldad. No les fué difícil conseguirle; mas dificultad costó desimpresionar al obispo de las especies en que le habian metido contra el santo solitario. Por mas que sus dos familiares le refirieron las dos maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, no bastó para desengañarle; quiso pruebas mas auténticas de su santidad, y así le mandó alcanzase de Dios con su oracion que un niño de dos años, á quien acababan de exponer, declarase quién era su padre. Por mas súplicas, ruegos y lágrimas que derramó nuestro solitario para que el obispo le dispensase de semejante oracion, le fué forzoso obedecer, y su oracion fué oida. Convencido el prelado de la santidad del siervo de Dios, se arrojó á sus piés; y lleno de estimacion y de respeto á su persona, se encomendó á sus oraciones.

Extendida por todas partes la fama de esta maravilla, llegó á oídos del rey Sigeberto II, quien hizo llamar al santo para oír de su misma boca la relacion del suceso. Vióse precisado nuestro solitario á pasar á la corte, y mostró en ella tanta discrecion y tanta capacidad, acompañada de tan singular modestia, que el rey le cobró particular afecto y estimacion, resolviéndose desde entonces á sacar de debajo del celemin aquella antorcha resplandeciente, y á colocar en las primeras dignidades de la Iglesia á un sujeto tan benemérito.

Luego que nuestro santo llegó á entender el ánimo del rey, no perdonó diligencia alguna para apartarle de aquel intento. Valióse de representaciones, de rue-

gos, de súplicas, de lágrimas; pero todo fué en vano, porque así el rey como los prelados atendian mas al bien comun que á su humilde repugnancia. Ya le iban á consagrar, cuando echándose á los piés del rey, le dijo: *Señor, no me negueis por lo menos el consuelo de retirarme por algunos dias á mi celda para consultar la voluntad de Dios, y una vez que la entienda, ejecutaré cuanto fuere del agrado de vuestra Majestad.* Movieron al monarca las lágrimas del santo; concedióle veinte dias de término; pero le mandó que, pasado este, volviese sin falta á Metz. Encerrado Goar en su ermita, empleó todo aquel tiempo en oraciones, en gemidos, en amargo llanto, solicitando incesantemente del Señor que embarazase los intentos del príncipe. Oyóle su Majestad, porque al acabarse el término de los veinte dias cayó en una enfermedad que le duró muchos años; y siempre que recibia alguna nueva orden de pasar á la corte, inmediatamente le repetia.

Durante el tiempo de esta dilatada enfermedad dobló su devocion y su fervor. No es fácil decir lo mucho que aprovecharon al público los grandes ejemplos que dió de todas las virtudes, singularmente de una heroica paciencia; pero el piadoso rey Sigeberto, impaciente siempre por verle colocado en la silla episcopal de Tréveris, le envió orden para que pasase á la corte; mas el santo, á quien ya habia vuelto la calentura, dijo al que le llevaba la real orden, que bien podia volverse, pues él no saldria ya de su celda sino para la sepultura. El suceso verificó luego la profecía, pues antes que el enviado ó los enviados llegasen á la corte, se recibió en ella la noticia de su muerte, la cual fué como la de los justos, espirando en manos de dos eclesiásticos que nunca se apartaron de él; y sucedió el dia 6 de julio del año 649, á los sesenta y cuatro de su edad.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Judea, san Isaias, profeta, que en tiempo de Manasés fué aserrado y enterrado debajo de una encina llamada Rogel, junto á un torrente.

En Roma, la fiesta de san Tranquilino, mártir, padre de san Marcos y de san Marceliano, que, convertido á la fe de Jesucristo por la predicacion de san Sebastian, mártir, y bautizado por el presbitero san Policarpo, fué ordenado de sacerdote por san Cayo, papa. Estando haciendo oracion delante de la Confesion de san Pablo, el dia de la octava de los Apóstoles, en tiempo del emperador Diocleciano, fué cogido y apedreado por los paganos hasta morir mártir.

En Fesoles en Toscana, san Rómulo, obispo y mártir, discípulo del apóstol san Pedro, que, habiendo recibido del mismo la mision de predicar el Evangelio, fué de vuelta á Fesoles coronado con el martirio acompañado de otros mártires, despues de haber dado á conocer á Jesucristo en muchos lugares de Italia, en tiempo del emperador Domiciano.

En Campaña, santa Dominica, virgen y mártir, que, habiendo roto algunos ídolos bajo el emperador Diocleciano, fué condenada á las fieras; mas como no recibió mal alguno, perdió la vida del cuerpo, siendo degollada, y entregó el espíritu á Dios. Se conserva su cuerpo con la mayor veneracion en Tropea de Calabria.

En el mismo dia, santa Lucía, mártir, natural de Campaña, la cual fué presa y cruelmente atormentada por el presidente Rixio Varo, á quien por último convirtió á Jesucristo. Tuvo por compañeros en el combate y en la corona á Antonino, Severino, Diodoro, Dion y á otros diez y siete.

En tierra de Tréveris, san Goar, presbítero y confesor.

En Borgoña, san Gerveso.

En Menon cerca de Favernay en el Franco Condado, el martirio de san Bertier, presbítero, y de san Ataleno, diácono.

En Escitópolis, san Basilio y compañeros en número de setenta mártires.

En Duras, san Asto, obispo, martirizado á latigazos con plomadas.

En dicho día, san Hilarion el mozo, superior de un monasterio de Dálmatas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Goardi confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Goar, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos favorecidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradarte. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día v, pág. 135.

NOTA.

« Muchas veces se ha hablado ya del libro del *Eclesiástico*, de donde se sacó esta epístola. El capítulo 31 pinta las fatigas de los avarientos; los cuidados con que se cargan por amontonar riquezas, les desecan las carnes; la aplicacion que dedican á esto, les quita el sueño; y se consideran los ricos inocentes como una especie de prodigio. Es muy moral y muy instructivo este capítulo. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corre tras el oro. Seguramente que se libra de mil ansias, de mil cuidados, de mil desvelos, de mil inquietudes y de mil pesadumbres. ¿Cuándo se ha de acabar de conocer la insubsistencia, la vanidad, la ilusion de esa sombra, de esa fantasma que se llama fortuna, tras la cual se corre hasta consumirse y exhalararse? Si á lo menos se quisiera hacer alguna reflexion sobre aquellos afanes, sobre aquellos amargos y crueles sobresaltos, que son en rigor la única renta, el único fruto que producen los inmensos gastos que se hacen en ese comercio!

Quiérese hacer fortuna, espérase igual dicha á la que lograron otros que no comenzaron con mayor caudal. Domina la ambicion; persuádese el ambicioso que le sobran el genio y el talento; todo se le representa fácil al arrojado. Es el comercio un mar tempestuoso, está sembrado de escollos, hiciéronle famoso los naufragios; no importa; ni por eso se teme embarcarse en él; échase la cuenta de que, cuando los vientos soplen contrarios, se navegará á fuerza de remos, y que á pesar de los piratas y otros mil peligros se arribará dichosamente al puerto.

No es menester especificar aquí por menor todas las fatigas. Un negociante deja estampado su retrato en cualquiera parte donde esté. El aire enajenado, inquieto y taciturno, el semblante sombrío y solitario, los ojos siempre encendidos, todos los modos tan embarazados, que tácitamente están despidiendo á cuantos no traten de empréstito, de cambio y de interés. En vista de esto, con mucha razon se puede preguntar, ¿si hay en el mundo estado mas penoso ni mas austero, y aun se puede añadir, si le hay mas trabajoso ni mas ingrato?

No les basta el dia para sus fatigosas ocupaciones; nieganse á sí mismos el descanso que no niegan á sus esclavos. La noche disputa al dia los afanes; quietud, sueño y comida todo se interrumpe por el negocio; pagas, comisiones, letras, libros de caja, todo los tiene en una esclavitud, en una servidumbre que apenas les deja tiempo para acordarse de que son cristianos. Serian menos duras estas penalidades, si á lo menos por algunos momentos se pudieran separar de su corazon las inquietudes; pero en mar tan borrascoso, ¿qué dia amanece sereno? ¿qué hora se puede esperar de calma? Ni son ya lo que mas se teme las tempestades y los naufragios; mayores y mas justos sobresaltos causan las manos de otros hombres. Vense casi siempre obligados á confiar toda su hacienda, y aun la ajena, á la buena fe de un desconocido, en un tiempo en que reina en todas partes la codicia, y en que es tan rara la verdadera hombría de bien. Confesemos que las riquezas son un fondo inagotable de inquietud y de amargura. ¡O mil veces bienaventurado aquel que no corre tras el oro!

El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.

Aderant autem quidam ipso in tempore, nuntiantes illi de Galilæis, quorum sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum. Et respondens, dixit illis: Putatis quòd hi Galilæi præ omnibus Galilæis peccatores fuerint, quia talia passi sunt? Non: dico vobis, nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloë, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores

En el mismo tiempo vinieron algunos á darle noticia de aquellos galileos, cuya sangre mezcló Pilatos con la de sus sacrificios. Y él respondiendole, le dijo: ¿Pensais vosotros que estos galileos hayan sido mas peccadores que los demás galileos, porque padecieron tal castigo? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera. Como aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó

fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

la torre en Siloë, y los mató: ¿creeis que tambien estos fueren mas reos que todos los demás hombres que habitaban en Jerusalem? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

DE LA INDISPENSABLE NECESIDAD DE HACER PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la energia, la precision y la universalidad de este oráculo: *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* Necesidad, por decirlo así, tan indispensable como la de la fe, la del bautismo y la de la gracia final para salvarse. *Háblase respecto de los adultos.* No hay edad, no hay condicion, no hay estado que se exima de ella. La proposicion es general, y tambien lo es la necesidad. O eres pecador, ó eres inocente. Si pecador, ¿cómo te atreverás á prometerte el perdón sin la penitencia? Si inocente, y aun no has pecado, puedes pecar; y esto basta para que la penitencia preventiva te sea indispensable. ¡Ah! que la inocencia es un tesoro guardado en vasos frágiles sumamente quebradizos: no hay cosa mas preciosa que este tesoro; pero tampoco la hay mas frágil que estos vasos contra los cuales parece que todo va á tropezar. ¡O mi Dios, y cuántos enemigos tenemos siempre alerta y emboscados siempre! En la vida todo es peligros, todo lazos, escollos todo. Dentro de nosotros mismos llevamos el enemigo de nuestra salvacion, siempre de inteligencia con los sentidos, siempre dócil á la impresion de los objetos exteriores, siempre de acuerdo con el amor propio. En la misma sangre contraemos la inclinacion á lo malo.

Todo es tentacion, y la vida del hombre es una continua guerra que solo se acaba con la muerte. El que no quiere ser vencido, no puede dejar las armas de la mano; y si no se vela sin cesar contra un enemigo que jamás se duerme, es preciso que nos sorprenda. El aire que respiramos es contagioso; son pocos los objetos que no despidan de sí algunos hálitos malignos; no puede estar seguro el que se expone á ellos sin preservativos y sin precauciones. Esos preservativos, sin los cuales corre peligro la vida; esas armas, sin cuya defensa seguramente nos herirá el enemigo; esa vigilancia, esos esfuerzos, esa violencia, de que ninguno debe considerarse dispensado, son la penitencia; es preciso velar y orar sin cesar; es preciso mortificar el cuerpo, reprimir los sentidos, domar las pasiones, todas á cual mas rebeldes. ¿Qué te parece? ¿consérvase por largo tiempo la inocencia sin el auxilio de la penitencia? Y si se ha pecado, ¿se podrá excusar este socorro? El incomprendible rigor de las penas del infierno y su eterna duracion aun no son suplicio excesivo para castigar un solo pecado mortal; y una alma manchada con millares de millares de gravísimas y feisimas culpas, ¿presumirá conseguir el perdón sin hacer penitencia? ¿Qué locura! Cuéntase con los méritos de nuestro Señor Jesucristo: y con razon; porque sin estos méritos, ¿qué podíamos nosotros esperar? pero ese mismo Salvador, ese Padre de las misericordias nos declara expresamente que con toda su misericordia, si no hacemos penitencia, todos pereceremos infaliblemente. ¿Has comprendido bien la fuerza y el sentido de este oráculo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la condicion habla con todos los estados. *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* La generalidad es sin excepcion. Grandes del mundo,

criados en el seno de la delicadeza y del esplendor, ante quienes todos se doblan; todos se arrodillan, todos se postran, y que ignorais hasta las voces de mortificacion; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* Poderosos del siglo, vosotros que vivis en medio de la abundancia, rodeados de la magnificencia, anegados en gustos, nadando en diversiones; vosotros, á quienes todos lisonjean, todos aplauden, á quienes todo se muestra risueño, pasando los dias en la ociosidad, en la alegría y en el regalo; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis;* todos, sin que se tenga respeto ni á la grandeza de vuestro nombre, ni al esplendor de vuestro nacimiento, ni á la delicadeza de vuestra complexion. Damas del mundo, á quienes estremece, á quienes causa horror el nombre solo de penitencia, vosotras, que consumis todos los dias de la vida en eternas inutilidades, en juegos, en cortejos, en pasatiempos, en espectáculos; vosotras, que á costa de infinitos afanes procurais conservar la hermosura, la brillantez, la frescura y la viveza del color; vosotras que promoveis la sensualidad hasta lo mas refinado de la delicadeza; *si no hiciéreis penitencia, todas pereceréis,* todas sin excepcion. Hombres de negocios, comerciantes, pobres oficiales, á quienes ocupa toda la vida la codicia, el amor al interés y el ansia de hacer fortuna; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis;* hasta los mas infelices mendigos, hasta los que viven como abismados en lo profundo de la miseria, si se han de salvar, han de hacer penitencia. Argúyase, sutilícese, intérpretese cuanto se quisiere; es un oráculo que no se puede eludir, es un decreto claro y preciso, que de todos se deja entender. Vosotros, seais lo que quisiéreis, si no hiciéreis penitencia, y una penitencia proporcionada á vuestras culpas, á vuestras necesidades, y una penitencia sincera y constante, todos pereceréis. Por mas que te quieras atolondrar, por

mas que te quieras aturdir, por mas que te pongas de uñas contra esta moral, no hay cosa mas cierta ni mas infalible que este oráculo: *Los cielos y la tierra pasarán; pero las palabras de Jesucristo se mantendrán inmutables.*

Haced, Señor, que tambien se mantenga inmutable la impresion que estas vuestras divinas palabras han hecho en mi corazon y en mi espiritu. Conozco la indispensable necesidad que tengo de hacer penitencia, y que esta necesidad es mayor en mi que en otro alguno. ¡Ah Señor, que he pasado sin hacerla la mayor parte de mi vida! Recibid, Padre de las misericordias, la que resuelvo hacer el resto de ella, con el favor de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

Regaré, Señor, el lecho con mis lágrimas; y pasaré las noches en continuo llanto.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Voy, Señor, á resarcir los años perdidos, reparándolos con la penitencia y con la amargura de mi corazon.

PROPOSITOS.

1. Espanta el nombre solo de penitencia. Ayunos, abstinencias, cilicios, sacos, disciplinas, maceracion de la carne, industrias ingeniosas de mortificacion, todo asusta, todo sobresalta nuestra delicadeza. Pero ¿nos dispensará esta de la obligacion de hacer penitencia? ¿Cosa extraña! Se peca, se vive divertidamente, delicadamente, regaladamente, y se muere sin haber hecho ninguna penitencia. ¿Pues cuál ha de ser nuestra suerte? O hemos de ser eternamente con-

denados, ó va por tierra la palabra de Jesucristo. Compon, si puedes, nuestra impenitente vida con esta infalible prediccion: *Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis.* No te engañes miserablemente: de cualquiera edad, de cualquiera estado, de cualquiera condición que seas, ten por cierto que infaliblemente te condenarás, si no hicieses penitencia; y comiéntala á hacer sin dilatar un solo dia, si no quieres ser condenado. Da principio por un vivo y sincero dolor de tus culpas, que es la penitencia del corazon; pero no basta eso por lo comun; esa contricion, ese dolor, ese arrepentimiento y esa penitencia de corazon acompañaala con la mortificacion del cuerpo, de los sentidos y de la delicadeza. Las penitencias, por decirlo así, de obligacion han de preceder á todas las demás; ayunos de la Iglesia, que son penitencias de precepto, cuaresmas, cuatro témporas y dias de abstinencia, en esto nunca te has de dispensar. Pero ¿te incomodan un poco estos preceptos? mejor; eso es lo que pretende la Iglesia; por eso se imponen los ayunos y las abstinencias para incomodar la sensualidad y el amor propio; no pretende la Iglesia matarte, sino mortificarte. Si no sintieras algun trabajo, no seria penitencia. Pero ¿serán legítimas todas esas dispensaciones? muchas de ellas ¿no serán subrepticias? O mi Dios, ¡y qué de achaques aparentes, qué de relaciones abultadas se nos han de representar en la hora de la muerte!

2. No te contentes con las penitencias de obligacion, añade á ellas algunas voluntarias. Buena penitencia es sufrir sin hablar palabra, llevar con paciencia el mal humor de aquellos con quienes vives y con quienes tratas, sus contradicciones, sus injurias y sus desprecios. Los instrumentos de mortificacion para macerar la carne no se hicieron solamente para los claustros religiosos, tambien son muy convenientes

á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que, por mas penitencias que hagas, por austera y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase día sin que hagas alguna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua; tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada día, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reino de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA SÉPTIMO.

SAN GUILLEBALDO, OBISPO.

Fué inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de santos, que en el mundo por su elevada nobleza; porque Ricardo su padre, Guillebaldo su hermano, su hermana Walpurga y su primo Bonifacio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el martirologio.

Nació nuestro santo por los años de 700; y como eran tan virtuosos sus padres, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, recurrieron sus virtuosos padres á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pié de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervo-

rosa oracion, prometieron á Dios que le consagrarían el niño en un monasterio, si se dignaba su Majestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente entre la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante ellas, como aun el día de hoy se observa en todos los países católicos, aunque en unos mas que en otros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, la que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, cuando le entregó á Egbaldo, abad de Waltheim, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los ejercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponian por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ansias eran por el cielo, estando lleno de Dios su tiernecito corazon; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion que se mereció en toda la abadía de Waltheim, no siendo menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monje que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció seria mas conveniente para su mayor perfeccion alejarse de su patria y vivir donde no fuese conocido.